

formaciones. Los escenarios son el barrio, el cuarto, el baño, el patio, el retrete, el sucio bar, el apartamento, el colegio, la playa. Los tiempos, "códigos psicológicos" que convocan el ayer por la mentira cotidiana, La dicción, la de las especulaciones, las preguntas, la observación, los escepticismos, la hablilla, la expectativa y el diálogo. Los protagonistas, Efraim Medina Reyes y cada uno de los lectores que se mira en el espejo de esos cuentos.

"Round Midnight", "El crimen", "Psiqué y melón", "La noche del feo" son, como los demás relatos, el encaro de los espectros del ego y sus tufos.

"Round Midnight" por ejemplo, es el enfrentamiento de dos voluntades (juego/vigilancia) según el emblema de la ventana, donde Érica es el nudo de las tensiones entre el narrador y J.C., entre el "código ético" de los amigos y la deslealtad; finalmente esos pulpos revientan: "No sé por qué me pareció que eras diferente, y ves que no, eres otro que quiere meterlo y olvidarlo".

"El crimen" significa la privación de la figura paterna, además de su insuperable realidad según la medida del recuerdo que "soba el hombro", y obliga a hablar de él para acallararlo: "Hoy he sacado otra vez la figura de hielo y ya estoy saltando sobre ella, ¿cómo se siente, papá?".

En "Psiqué y melón", las "cosas sucias" que se practican en el baño se erigen en hito gracias a la publicidad; "masturbarse" pasa de ser un tabú, una amenaza o un pecado sobre el cual practicar vigilancia moral y religiosa, a ser un medio social generador de empleo y cura de la impotencia y el estrés. Es, además, la representación del mercado de los fetiches y las modas: "¿Cuánto dura una canción en el número uno?".

"La Noche del feo" describe, por su parte, el absurdo de las manías sociales en sus individuos, quienes perpetran, por la lógica de sus arranques, transgresiones en contra de los que han sido vejados como la plebe ("¿Por qué me joden?/Por feo —dice Bruno").

Así, "Cinema Árbol", "Una enorme lengua", "Días iniciales", "Anoly, Zoe y Thelma", "Un ángel", y los demás cuentos, serán a su vez, la visión de situaciones parecidas, acomodada a otros personajes, todos ellos sujetos conscientes de sus inconsistencias y las de su entorno.

## Flor Romero, *Yo, Policarpa*

Bogotá, Edicundi, 1996, 176 págs.

(Traducción del francés de la revista *Caravelle*,  
Universidad de Toulouse, No. 66, Comptes Rendus)

Jacques Gilard

(Profesor de la Universidad de Toulouse)  
*Revista Caravelle No. 66 (Ipeal Toulouse)*

Esta novela de Flor Romero es un retorno sobre la figura más querida y más popular de la historia colombiana, aquella de "la Pola", la heroína por excelencia, la mujer que se sacrificó por la causa de la Independencia. El polígrafo Tomás Rueda Vargas decía en 1931: "La revolución de la Independencia fue en sus comienzos puramente aristocrática; la intervención de la Pola marca su contacto con el pueblo". Esta Pola, de la cual se dice que se llamaba Policarpa Salavarieta, pero de la cual algunos afirman que se llamaba en realidad Gregoria, o Gregoria Apolinaria o Polonia, es una mujer joven fusilada en 1817 por los españoles en la etapa negra de la "Reconquista", dirigida por Morillo y ha sido de cierta manera santificada como una Juana de Arco criolla.

A propósito del bicentenario del presunto nacimiento de la Pola, Flor Romero, propone una novela, o una historia novelada, que hace revivir o reinventa esta figura para reubicarla en la perspectiva de dos siglos de historia colombiana. Aquí, en efecto, el presente no es menos importante que el pasado y es una interrogación actual la que propone el libro. Sus veintiún capítulos se presentan como un enlace temporal que se conecta finalmente sobre los problemas de la Colombia de hoy: del primer capítulo (la muerte de la Pola) al veinteavo, (el momento en que ella deja la prisión por el lugar de la ejecución) asistimos al encuentro con el hombre amado, Alejo Zabarain (capítulo II) después al nacimiento de la Pola (capítulo III) y pasando revista a la vez a esta existencia y a los grandes hechos históricos vividos por el mundo en esta época de convulsiones múltiples: el punto de partida es la sublevación de los Comuneros de la Nueva Granada, pero son cuarenta años y dos continentes que constituyen el fondo pasado de la novela. El último capítulo, indirectamente por un episodio onírico, propone una parábola sobre la presencia de la Pola en la Colombia de 1995, a la víspera de su presunto bicentenario.

El trazado que la narración pone en relieve, de una manera que podemos calificar de sistemática, es aquel de la continuidad y uno comprende que la autora ha querido que aquél sea ejemplar: la Pola de ayer y el significado actual de su figura, la Nueva Granada de la Emancipación y la Colombia de los tiempos de guerrillas y de los carteles de la droga. De ahí el rol que juegan los anacronismos deliberadamente utilizados por la novelista que hace figurar un Camino Nacional allí donde no podría haber otra cosa que un Camino Real y da a las provincias neogranadinas de antes los nombres de los actuales departamentos colombianos: se trata de abolir los tiempos para hacer ver mejor que, sin cesar de cambiar, los problemas de una sociedad apelan a las mismas reacciones éticas. El mejor lazo de unión es la permanencia del clima, con una fauna y una flora incambiables, con los olores y los sabores que permanecen los mismos, criollos y mestizos, siempre íntimos: esta experiencia vital es una realidad que la autora comparte con su personaje, puesto que ellas nacieron sobre el mismo suelo, y ella da —como podríamos esperarlo— las mejores páginas del libro. En esas condiciones, con los elementos existenciales que priman sobre todos los otros, comprendemos que la cronología aparece como incierta a quien aborde el libro, bajo el solo ángulo de los acontecimientos históricos; esta cronología, es en realidad, deliberadamente distorsionada, como lo insinúa no sin cierta ironía este parágrafo del capítulo XV:

“Éstos pasajes que son como pinceladas de la vida de mi patria en estos tiempos convulsionados, son retazos que guardo en el baúl de los recuerdos, pero no los tengo cosidos en colcha ordenada: los manejo a mi antojo, como van saliendo, patas arriba, al sesgo, cuadriculados, alargados, piqueteados, en fin, torcidos y retorcidos... Se mezclan en el tiempo, pero los saco a flote para no olvidarlos. Forman parte de mi vida” (p.114).

Es naturalmente de la vida de la heroína que todo parte en este libro, y a ella que todo vuelve, vida desconocida que Flor Romero recrea a partir de la leyenda (sobre el personaje), del saber histórico (sobre la época), y sobre todo, de la intuición y de la simpatía. La vida de la Pola se reconstruye, y más aún, se recrea, por una combinación de perspectivas temporales y narrativas: novela en primera persona y en presente, en primera persona y en pasado, en tercera persona y en pasado, según los capítulos y algunas veces según los diversos movimientos de un mismo capítulo.

De manera que es una época que revive y subrayaríamos particularmente la importancia de la aventura del conocimiento. En efecto, cuando la cronología de

los hechos políticos y guerreros es tratada con una desenvoltura evidente, la novela pone el acento sobre el desarrollo de las ciencias en la Nueva Granada de entonces. Es así como asistimos por narrador-testigo interpuesto, el pintor Matiz, a las actividades de la Expedición Botánica del sabio Mutis, a los viajes de Humboldt y Bonpland y a los descubrimientos del neogranadino Caldas, quien pagará con su vida su vinculación a la causa independentista. Es esta presencia de las grandes búsquedas científicas que da a los acontecimientos a los cuales ellos están ligados (el ejemplo dramático de Caldas) una profundidad que no habrían tenido ellos solos —al menos en la perspectiva deseada por Flor Romero—. Encontramos además un lazo de unión profundo con la historia misma de la Pola: su pueblo natal es Guaduas, enclavado sobre la ruta ascendente que lleva del río Magdalena a la capital del Nuevo Reino, y Pola es entonces estratégicamente situada para captar, a través de los rumores populares y de múltiples voces, los hechos de la época, todos los hechos y comprendidos los hechos científicos. Y el azar, habiendo querido que el pintor Matiz fuera de Guaduas, permite a Flor Romero reinterpretar la figura de la Pola y agregarle una dimensión nueva, aquélla del amor al saber, que viene a contradecir la deslustrada humildad habitualmente atribuida al personaje —que, según la leyenda oficial, sólo se engrandeció en su tragedia final—. Esta reinterpretación es, además, conforme a un tema recurrente de toda la obra de Flor Romero: aquél de la educación. Entonces no es de extrañarse que ella transforme la costurera conocida de todos en una jovencita en la cual la curiosidad y la generosidad hacen una maestra de escuela, tan preocupada por aprender como por enseñar, y bien enterada de los descubrimientos de su tiempo.

Es además por ahí que la novelista retoma la ficción que ella está elaborando y se inscribe en su seno, por el lado del personaje de Flor María, alumna de la Pola quien se pone a escribir historias en las cuales revive el pasado indígena: es un recuerdo del gusto de la autora por el relato mitológico tomado del pasado precolombiano y es también una manera de subrayar otro de los temas del libro, aquél de la continuidad y de la herencia —a la manera como la Pola subraya la presencia en su memoria y su acción, de los indios que ocuparon en otros tiempos el territorio de Guaduas.

Flor Romero retoma, es cierto, la leyenda oficial de la Pola, pero ella se libera de sus aspectos más empalagosos. Lo vemos a propósito de la aventura de la ciencia: Pola es una mujer curiosa de todo, que sabe entonces ser fuerte por otra cosa fuera de haberlo sido en los últimos momentos de su vida, al imprecisar a los españoles

—a lo cual la confinaban los manuales escolares—. Se nota de manera particular, que la pudibundería de las evocaciones oficiales es desvirtuada por el relato: Pola no es solamente aquí la casta novia de Zabaraín, más bien su amante, mujer de carne y hueso. Y ella es además muy republicana, de un republicanismo teñido de masonería, puesto que ella afirma su escaso gusto por las procesiones religiosas y rehúsa, al final, atender las exhortaciones de los sacerdotes. Podemos hablar a la vez de una fidelidad al cuadro general de la leyenda (“Pero he sido fiel hasta ahora a mi amor y a mi causa patriota. No podría faltar, me odiaría a mí misma”, p. 95) y de la creación de una ejemplaridad nueva, combativa, apta para responder a los desafíos de la Colombia contemporánea. Significativamente las últimas palabras de la heroína, momentáneamente llegada a la Bogotá de hoy, son para remarcar: *En la carrera tercera vi la estatua verdosa de Policarpa Salavarrieta instalada en la Plazuela de las Aguas, con la fecha de nacimiento equivocada, grabada en la placa de bronce* (p. 173). Este detalle recuerda que la historiografía está siempre sujeta a caución y que su conocimiento sobre todo establecido, para y por el poder, es también tan incierto como peligroso. La Pola propuesta por esta novela es una crítica a la estatua, a la historia oficial, y aboga por otra manera de vivir y hacer vivir la memoria colectiva.

Un libro que hace de nuevo las preguntas bien conocidas sobre las relaciones de la ficción y la historia, pero que lo hace con matices propios de Colombia: ella se interroga e interroga a sus lectores sobre el difícil entendimiento de los países con su leyenda oficial, justamente a propósito de la más querida de sus figuras heroicas, y sugiere que la intuición y la simpatía pueden instituir actitudes diferentes a la vez iconoclastas y respetuosas de una herencia afectiva.



### Piedad Bonnett, *El hilo de los días*

(Instituto Colombiano de Cultura.  
Premio Nacional de Poesía 1994).

Santafé de Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1995, 85 págs.

Juan Carlos Galeano  
Florida State University

De las voces independientes, afuera de las tendencias de la escritura de voluntad social, feminista y erótica

producida por mujeres, se destaca la poesía de dimensión personal y transhistórica de Bonnett. La expresión de extrañeza matizada por sentimientos de soledad, que advertimos al leer su poemario, es constitutiva de su exploración del enigma de su vivir de cada día, y sus palabras son las llaves para abrir la morada de tal experiencia. Su poesía no pretende inventar un mundo o salvarlo, sino entrar en él para decir de su desgarradura. A través de la intimidad y los espacios exteriores, con muchos retornos familiares y paisajes angustiados, en *El hilo de los días* ella teje con las palabras sus estados de carencia y anhelo, y cierto aguardar frente al misterio.

Pero su relación de las palabras con el universo ha ido hilándose poco a poco. Su primer libro, *De círculo y ceniza* (1989), con algunos tonos románticos y nocturnales, afirmó sus preocupaciones frente a la muerte y los acosos del tiempo. En *Nadie en casa* (1994), la palabra empezó a formar su textura con las cosas y a definir un tipo de lenguaje más coloquial, así como una insistencia en la cotidianidad. En este segundo texto se empleó en definir su tratamiento de la intimidad de manera directa. Sin duda, estos libros la prepararían, pues, para ordenar de modo más fino la apariencia del mundo.

*El hilo de los días* teje el ropaje de la cotidianidad. En este libro la experiencia ordinaria se impone frente a las preocupaciones existenciales del ser y cierto tono filosófico que coloreaban algunos versos de sus dos primeros libros. Aquí hilvana la relación de las personas con el mundo. En la primera parte, con cuyo subtítulo se nombra a todo el libro, el poema “La puerta” nos introduce a un mundo de espacios interiores que nos sugieren los lugares familiares. Más adelante, con un tono que nos recuerda al mejor Vallejo, tales referencias a intimidades domésticas llevan el lastre del tiempo personal que se nos agota: “Aquí golpeaba airadamente el padre la mesa / causando un temblor en los cristales, una zozobra en la sopa” (17). Pero no pensemos que ella se da a la nostalgia o a la confesión: ni pesar, ni excesos anecdóticos. Si el caos o la pena arrecian, muchas veces parece encontrar una forma de asidero en cierta aceptación, como aquella que alude frente a su jardín: “Quizá el orden benévolo de un dios / en cuyo sueño nunca existió el hombre” (19). El espacio íntimo de la casa, otrora paradisiaco, ahora desasosegado, nos deja entrever el asalto de una realidad mayor que la circunda: “¿Qué poderoso cataclismo, / qué oscura y sistemática tarea / nos dejó a la intemperie sufriendo viento y lluvia?” (39). A veces las palabras se abren para revelarnos la esperanza que habita en el enigma; la mancha en la pared es un ser de una solidaridad me-